

El momento en que todo cambió

Eran jóvenes. Tenían toda la vida por delante. Pero ese día llegó, con la peor noticia posible, la peor noticia que podían haberles dado.

Silvia y Lucas se conocieron en el instituto. Ambos tenían doce años y se hicieron muy amigos. Con el tiempo, esta amistad se transformó en algo más y se hicieron novios. Llevaban cuatro años juntos, estaban en 1º bachillerato, y nunca se habían separado; eran almas gemelas. Pero ese año, todo cambió. Silvia fue a una revisión al hospital, y le diagnosticaron un linfoma de Hodgkin. No podía creérselo. En cuanto llegó a casa, llamó a Lucas y le pidió que fuera corriendo. Cuando Lucas llegó, Silvia estaba llorando, y a duras penas pudo contárselo. Al principio Lucas se asustó y empezó a llorar también, pero luego le prometió que siempre estaría a su lado, para lo bueno, y para lo malo.

A la siguiente revisión, fueron juntos, y el doctor informó a Silvia de todos los tratamientos. Estos eran: quimioterapia, radioterapia y trasplante de médula ósea/ células madre. El médico le informó de que en su estado, lo más eficaz sería empezar con quimioterapia. Silvia le preguntó al médico y le pidió que contestara sinceramente a una pregunta: ¿cuánto tiempo le quedaba de vida? El doctor le dijo que todavía era pronto para saberlo, porque el tratamiento podía ir muy bien o podía ir mal, pero que, seguramente un año, a lo sumo uno y medio. Silvia empezó a llorar y salió corriendo de la consulta con su madre. Lucas se quedó hablando con el médico, y este le siguió informando acerca del linfoma de Hodgkin. Le indicó los efectos que tendría en Silvia, los dolores que sufriría y los cambios que ocasionaría en ella. En ese momento, Lucas se dio cuenta, más que nunca, de que la quería y que la querría siempre, y que siempre estaría con ella, aunque ella no le quisiese a su lado.

Los meses pasaban, y Silvia había superado varios ciclos de quimio con creces. Pero, la caída de su cabello y los dolores que sufría, no fueron suficientes, y el linfoma siguió creciendo. Ahora estaba en un estado avanzado o terminal, y ya quedaba poco por hacer. Silvia se deprimía cada vez más, no quería ver a nadie, y la única persona con la que le apetecía estar, era con Lucas.

Al ver los resultados de la quimio, y como el cáncer se iba expandiendo, el médico le dijo a Silvia que sólo le quedaban tres meses de vida, que igual un poco más, pero que no llegaría al siguiente año. Silvia, de pronto, decidió hacer todas las cosas que ya no podría hacer. Viajó a Estados Unidos con Lucas y sus padres, un sueño que había tenido toda su vida, hizo su primera y última fiesta de pijamas y disfrutó de cada día como si fuera a ser el último.

En las últimas semanas antes de su muerte, estaba muy débil, y apenas podía salir de casa, por lo que era Lucas el que iba siempre a verla y, en ocasiones se quedaba a dormir con ella.

Un día, Silvia le dijo a Lucas que por qué había decidido quedarse con ella todo ese tiempo, que se había perdido un montón de cosas por su culpa y que no se sentía orgullosa de haberle retenido a su lado; él se habría merecido una vida mejor. Lucas le contestó que se había quedado con ella porque la quería, porque no podía pasar un momento sin pensar en ella y sin pensar en todo lo vivido. Y que él sí se sentía orgulloso de haber pasado todo ese tiempo

con ella, porque Silvia siempre sería su gran amor y nunca sería capaz de olvidarla. Entonces se dieron un largo abrazo, de esos en los que uno se funde en el otro, y no puedes separarte.

Y, llegó el día. Silvia murió. Era un momento que tendría que llegar, pero nadie se esperó nunca que fuera así. Silvia estaba con Lucas sentada en el jardín de casa. Se empezó a encontrar mal y cayó desplomada. No se pudo hacer nada por ella. Había llegado el fin. Lucas estaba destrozado y sabía que nunca podría superar aquello. Lo que Lucas no sabía era que Silvia había dejado escrito un diario con todos los momentos vividos a su lado: el día en que se conocieron; los días que quedaban después de clase para hacer un trabajo; el día que empezaron a salir juntos; cuando le diagnosticaron la enfermedad; todos los días buenos y malos que vivieron, y las horas previas a su muerte. Parecía que sabía lo que iba a ocurrir y así le escribió una despedida. Esta era: “Gracias Lucas por haber estado siempre ahí, de verdad. Has sido mi primer y único gran amor. Espero que nunca me olvides, porque yo siempre cuidaré de ti desde ahí arriba. Cuida mucho a mis padres, y prométeme que lo superarás y volverás a ser el chico alegre de quien yo me enamoré. Con cariño, y siempre tuya, Silvia”.

Lucas leyó el diario una y otra vez, hasta que se lo aprendió de memoria, y entonces descubrió el verdadero valor de todo aquello. Silvia le pedía que fuera feliz, así que para agradecérselo, escribió una carta que ella ya nunca podría leer, que decía lo siguiente: “Hola Silvia. Te escribo desde aquí abajo, desde la Tierra. Los días sin ti son duros, muy duros. Te echo en falta a todas horas. ¿Te puedes creer que he aprobado 2º de Bachillerato y también selectividad? Voy a estudiar derecho, lo que siempre nos había gustado. Así, siempre me acordaré de ti y de nuestros planes de futuro. Te quiero y te querré siempre. Gracias por todos y cada uno de los momentos que me regalaste. Siempre vivirás en mí.

Siempre tuyo, Lucas”

Pasaron los años y Lucas se casó. Tuvo hijos y era un abogado de éxito, pero seguía acordándose todos los días de ella, de su Silvia. Iba todos los domingos al cementerio y hablaba con ella. Aunque ahora ya la quisiera como a una amiga, más que como a una novia, siempre sería ella, aquel gran amor que marcó su vida.